

LECTURAS El recorrido por el sur de Europa y Marruecos, a principios del siglo XX, marcó a la autora estadounidense. 'Del viaje como arte' compila sus escritos

EL ÚLTIMO VIAJE A ESPAÑA

Por **EDITH WHARTON**

El diario de la ruta por el norte de la Península de la escritora Edith Wharton es rescatado en una nueva antología

2 de septiembre. Salimos de París a las ocho y cuarto de la tarde en tren hacia Bayona con Walter, Elise y Coony. Franklin había salido en coche la mañana anterior.

5 de septiembre. Mañana perfecta. A las ocho y media Walter y yo salimos en coche hacia Santa Cruz. A las nueve partimos Walter en una mula y yo a caballo hacia San Juan. La subida casi perpendicular. Cantos rodados. Parte del camino sobre el lecho de un torrente. Al fin llegamos al bosque del monasterio y a los buenos caminos. Una hora y media. Meseta cubierta de hierba. Monasterio moderno. Gran edificio de ladrillo color de rosa de finales del siglo XVII o principios del XVIII medio en ruinas.

Luego bajamos por un profundo desfiladero al monasterio bajo, el auténtico San Juan de la Peña antiguo, construido dentro de un acantilado color caramelo excavado en la roca. Muy modernizado. Las tumbas de los primeros reyes de Aragón horadadas en un muro en la capilla detrás de unas tabillas del siglo XVIII. Ha perdurado un curioso claustro sin techo con capiteles toscos pero muy ornamentados. Dos lados exentos.

Comimos en el bosque con nuestro guía —José Toyas, Santa Cruz— y bajamos hacia Santa Cruz. Nos recogieron con el coche y nos fuimos a Sangüesa, extraordinario pueblito sobre el río Aragón, con un castillo en piedra marrón, una calle a la entrada del pueblo de casas muy adornadas con aleros prominentes, ricamente esculpidos, y Santa María, una de las iglesias románicas más curiosas que he visto. Desde fuera, la estructura interna parece muy elegante: la fachada cubierta con esculturas desde la base hasta el techo. Imágenes como en Moissac, a cada lado del pórtico. En la parte superior, un impresionante Juicio Final, con una escultura de Cristo alargada, todas boca abajo. Más arriba, la fachada cubierta de animales, sirenas, caballeros con armadura, el Todopoderoso sonriendo y un águila gigante parecida a un guacamayo. Jamás he visto nada parecido. Llegamos al Grand Hotel Pamplona a las cinco y media. Fuimos a la catedral.

10 de septiembre. Día perfecto. Salimos a las nueve de la mañana hacia Sasamón. Gloriosa fachada gótica. Cuatro mujeres escribiendo —o iluminando— una a cada lado de Jesucristo, las otras dos en la parte superior del tímpano, con los ancianos o los apóstoles debajo.

Interior encajado. Había un funeral. Nos fue imposible recorrerla. De allí a Castrojeriz. Exquisito interior gótico con columnas que se despliegan formando bóvedas de palmeras en la cubierta. El exterior, fino y fortificado, como El Escorial.

Frómista. Iglesia muy hermosa del siglo XII. Puro románico pero demasiado restaurado, tanto dentro como fuera —como Germigny—.

Villalcázar de Sirga. Preciosa iglesia y transepto románico de color marrón dorado. Rico y profundo pórtico abovedado. Más hacia arriba había unas escaleras que daban a un bonito pórtico abocinado. Dentro, magníficas tumbas del gótico tardío, que todavía conservaban mucho de su color y de los dorados. La capilla de Santiago. Preciosa tumba del Maestro de la Orden de Santiago, con tres perros a sus pies: el gran sabueso estirado sobre su regazo y el cachorro espiondo debajo de la capa.

Carrión. Extraordinario pórtico románico con caballeros montados sobre monstruos a cada lado de Cristo. Extremadamente rudo y primitivo. Interior muy vetusto, con arcos de medio punto desplomados. Comimos bajo los álamos a las afueras de Carrión.

Después de comer intentamos, en vano, encontrar Benevívere, que supuestamente está cerca de Carrión. Lo dejamos y nos fuimos a San Pedro de las Dueñas, curiosa iglesia románica de ladrillo, con una bonita torre. El monasterio está pegado. El sacristán nos enseñó la iglesia. Una construcción muy bonita, casi sin cambios. Preciosos capiteles.

Después a Sahagún y más tarde a León. Llegamos a las seis y media. El hotel estaba lleno. Nos fuimos

al hotelito Reina Victoria. Limpio y buena comida.

18 de septiembre. Un tiempo perfecto. Nos marchamos de Ourense a las nueve de la mañana. Subimos continuamente. Nos adentramos de lleno en la bruma de las montañas hasta quedar por encima de ellas en una tierra que rodaba hacia abajo, con picos desnudos todo alrededor y también por debajo un océano de nubes blancas, ondulada y surecada como un glaciar; el plano superior de una de esas grandes nubes de espuma por las que habíamos estado navegando cuando comenzamos el viaje. Nunca antes había visto la cara superior de una nube. Era como lo que se ve en las fotos aéreas. Más arriba, encima de nosotros, nos inundaba un

sol resplandeciente, con todo un cielo azul y vacío. Comenzamos a descender a través de empinadas fraguas llenas de vides. Todo viñedos durante millas y millas, colgando perpendicularmente de los abrasadores flancos de las montañas secas y, allá abajo, un río de montaña azul y verde. Un efecto muy curioso de subir y bajar, arriba y abajo, durante horas. Al final llegamos a Astorga, en una planicie roja y yerma. Salvo un pequeño fragmento, toda la gran muralla romana ha sido derribada. Un pueblo indescriptiblemente escuálido, polvoriento, degradado con sus calles sin asfaltar o con un misero empedrado. Porquería por todos lados, y emergiendo de toda esta pobreza, una imponente catedral entre rosada y rojiza, matizada con oro, como un árbol de granada que crece en un estercolero. No he visto nunca nada tan típicamente español como este contraste.

Llegamos al atardecer a la catedral, y aunque pensábamos que estaría cerrada, el campanero nos dejó entrar por la verja de hierro que afortunadamente protege el basamento de la suciedad. Pudimos pasear al lado de las enseñías limpias, observándolo todo mientras las campanas sonaban por encima de nosotros, alto y claro en el cielo rosado de la noche. La Posada Moderna muy vulgar, pero limpia. La gente amable y buena comida.

20 de septiembre. Domingo. Nos quedamos en Salamanca hasta las dos de la tarde. —Nuestra intención era quedarnos hasta el día siguiente, pero el hotel Comercio era demasiado ordinario, y la ciudad, demasiado mugrienta—. Nos pasamos la mañana en las catedrales. Encanto de la catedral vieja, majestuosa belleza de los grandes pilares y de los capiteles nobles y osados. Uno de los más grandiosos interiores románicos que he visto, con los capiteles más delicados. Luego fuimos al claustro, para ver las preciosas tumbas al descubierto —integradas en la pared del claustro— y las capillas interiores tan gloriosas, con deslumbrantes trabajos en hierro, una hermosa tumba tras otra. ¡Qué riqueza —de nuevo— en un estercolero! Recorrimos toda la Universidad. Deambulamos por las calles. Después de comer salimos hacia Madrid. Hicimos una breve pausa en Ávila —magnífica vista desde el puente según nos acercábamos— solo para visualizar nuevamente ese extraño interior de la catedral, parecido a una mezquita, con su ligera corona de columnas aéreas entre el deambulatorio y el ábside. Luego pasamos sobre el Guadarrama en un atardecer triunfante, y llegamos a Madrid con la caída de la tarde. Hotel Palace.

21 de septiembre. Madrid. Descansamos y nos lavamos. Como era lunes, los museos estaban cerrados.



DEL VIAJE COMO ARTE. Edith Wharton. Traducción de Teresa Gómez Reus, Ana Eiroa y Patricia Fra. La Línea del Horizonte



Imagen de Edith Wharton perteneciente a la colección de la Universidad de Yale.

Día perfecto. Salimos a las nueve de la mañana hacia Sasamón. Gloriosa fachada gótica. Había un funeral